

Año de la vida consagrada
Reflexión orante de las expectativas del papa Francisco*

1. Alegría

Invocación

En el nombre del Padre...

Canto

Palabra de Dios

Isaías 35,1-10.

El desierto y la tierra reseca se regocijarán,
el arenal de alegría florecerá,
como flor de narciso florecerá,
desbordando de gozo y alegría;
tiene la gloria del Líbano,
la belleza del Carmelo y del Sarón;
ellos verán la gloria del Señor,
la belleza de nuestro Dios.

Fortalezcan las manos débiles,
afirmen las rodillas vacilantes.
Digan a los cobardes:
"Sean fuertes, no teman;
ahí está su Dios,
que trae el desquite,
viene en persona,
los desagaviará y los salvará."

Se despegarán los ojos del ciego,
los oídos del sordo se abrirán,
saltará como ciervo el tullido,

la lengua del mudo cantará;
porque ha brotado agua
en el desierto, arroyos en la estepa,
el arenal será un estanque,
lo reseco un manantial,
la hierba cañas y juncos,
en la cueva donde se tumbaban
chacales.

Lo cruzará una calzada que llamarán
Vía Sacra,
no pasará por ella el impuro,
los inexpertos no se extraviarán.
No habrá por allí leones,
no se acercarán bestias feroces,
sino que caminarán los redimidos
y volverán por ella
los rescatados del Señor:
volverán a Sión con cánticos:
en cabeza, alegría perpetua,
siguiéndolos, gozo y alegría;
pena y aflicción se alejarán.

Respuesta orante a la palabra escuchada

Salmo 126 (125)

El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres.

Cuando el Señor cambió la suerte de
Sión,
nos parecía soñar:

la boca se nos llenaba de risas,
la lengua de cantares.

* Esquema de oración elaborado por el P. Fernando Torre, msp, teniendo como base el libro *Orar por el mundo y con el mundo. Oraciones ecuménico-misioneras para cada día del año*, de la Hna. Virginia Isingrini, mmx (Amateditorial, Guadalajara 2014).

Hasta los gentiles decían:
«El Señor ha estado grande con ellos».

El Señor ha estado grande con nosotros,
y estamos alegres.

Que el Señor cambie nuestra suerte,
como los torrentes del Negueb.

Los que sembraban con lágrimas,
cosechan entre cantares.

Al ir, iba llorando,
llevando la semilla;
al volver, vuelve cantando,
trayendo sus gavillas.

Palabra del papa Francisco

De la Carta apostólica a todos los consagrados, con ocasión del Año de la Vida consagrada (21 noviembre 2014)

¿Qué espero en particular de este Año de gracia de la Vida Consagrada?

1. Que sea siempre verdad lo que dije una vez: «Donde hay religiosos hay alegría». Estamos llamados a experimentar y demostrar que Dios es capaz de colmar nuestros corazones y hacernos felices, sin necesidad de buscar nuestra felicidad en otro lado; que la auténtica fraternidad vivida en nuestras comunidades alimenta nuestra alegría; que nuestra entrega total al servicio de la Iglesia, las familias, los jóvenes, los ancianos, los pobres, nos realiza como personas y da plenitud a nuestra vida.

Que entre nosotros no se vean caras tristes, personas descontentas, porque «un seguimiento triste es un triste seguimiento». También nosotros, al igual que todos los otros hombres y mujeres, sentimos las dificultades, las noches del espíritu, la decepción, la enfermedad, la pérdida de fuerzas debido a la vejez. Precisamente en esto deberíamos encontrar la «perfecta alegría», aprender a reconocer el rostro de Cristo, que se hizo en todo semejante a nosotros, y sentir por tanto la alegría de sabernos semejantes a él, que no ha rehusado someterse a la cruz por amor nuestro.

En una sociedad que ostenta el culto a la eficiencia, al estado pletórico de salud, al éxito, y que margina a los pobres y excluye a los «perdedores», podemos testimoniar mediante nuestras vidas la verdad de las palabras de la Escritura: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Co 12,10).

Bien podemos aplicar a la vida consagrada lo que escribí en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, citando una homilía de Benedicto XVI: «La Iglesia no crece por proselitismo, sino por atracción» (n. 14). Sí, la vida consagrada no crece cuando organizamos bellas campañas vocacionales, sino cuando los jóvenes que nos conocen se sienten atraídos por nosotros, cuando nos ven hombres y mujeres felices. Tampoco su eficacia apostólica depende de la eficiencia y el poderío de sus medios. Es vuestra vida la que debe hablar, una vida en la que se trasparenta la alegría y la belleza de vivir el Evangelio y de seguir a Cristo.

Repito a vosotros lo que dije en la última Vigilia de Pentecostés a los Movimientos eclesiales: «El valor de la Iglesia, fundamentalmente, es vivir el Evangelio y dar testimonio de nuestra fe. La Iglesia es la sal de la tierra, es luz del mundo, está llamada a hacer presente en la sociedad la levadura del Reino de Dios

y lo hace ante todo con su testimonio, el testimonio del amor fraterno, de la solidaridad, del compartir» (18 mayo 2013).

Tiempo de reflexión en silencio

Compartir espontaneo / Preces

Padre nuestro

Oración final

Si estuviéramos contentos de ti, Señor, no podríamos resistir a esta necesidad de bailar que irrumpe en el mundo, y atinaríamos fácilmente el baile que te gusta hacernos bailar, siguiendo los pasos que tu Providencia nos ha marcado. Deja que inventemos algo para ser gente alegre que baila su vida contigo. Para ser un buen bailarín, contigo como con todos, no hace falta saber a dónde nos lleva el baile. Basta seguirlo, ser alegre y ligero, y sobre todo no estar rígidos. No es necesario pedir explicaciones sobre los pasos que te gusta marcarnos. Es preciso ser como una prolongación viva y ágil de ti. Y recibir de ti el ritmo que la orquesta marque. No hace falta querer avanzar a toda costa, sino aceptar volver atrás y ponerse de lado. Hay que saber detenerse y deslizarse en lugar de caminar. Pero no olvidemos nunca la música de tu Espíritu y hagamos de nuestra vida un ejercicio de gimnasia: olvidamos que entre tus brazos la vida es alegría y tu santa voluntad se convierte en una inconcebible fantasía, y que no existe monotonía ni aburrimiento que sólo son para las almas viejas.

Señor, ¡ven a invitarnos! Estamos listos para bailar este trayecto que debemos recorrer, estas cuentas, esta comida que hemos de preparar, este desvelo en el que tenemos sueño. Estamos preparados para bailar para ti después la danza del trabajo, la del calor y la del frío. Si con frecuencia algunas melodías están en tono menor, no diremos que estamos tristes; si otras nos hacen jadear, no expresaremos que son agotadoras. Y si alguien por el camino nos da un empujón, le sonreiremos: también esto significa bailar. Señor, enséñanos el lugar que debe asumir la danza de nuestra obediencia en el romance eterno que echaste a andar entre tú y nosotros. Revélanos la gran orquesta de tus designios. Enséñanos a abrigarnos cada día con nuestra condición humana como un vestido de baile, que nos hará amar de ti todos los detalles, como joyas indispensables. Haznos vivir nuestra vida como una danza, entre los brazos de tu gracia, con la música que llena el universo de tu amor. Amén.

(Madeleine Délbrel, laica convertida al catolicismo. Versión reducida de *La danza de la obediencia*.)

Canto